

Álvaro Obregón, el último caudillo

Pedro Castro*

La figura del general Álvaro Obregón fue una de las más notables de la Revolución Mexicana, mantenida en el primer plano político en más de una década. Hombre de variadas facetas, ha sido considerado el último caudillo de México, después de Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz. Este trabajo estudia la actuación del general Obregón en ese carácter, sobre todo en la fase precedente a su llegada a la Presidencia de la República. Para tal propósito, se recurrió a conceptos propios de la sociología y de la ciencia política, y se incluyeron elementos de carácter histórico considerados indispensables para completar el cuadro de su vida. En este ensayo también se estudia la ideología del caudillo a través de algunos de los discursos más importantes de su carrera presidencial, rescatando aspectos presentes en su programa de gobierno. Su llegada a la Presidencia de la República en 1920 fue antecedida por su fuerza acumulada en su calidad de caudillo vencedor, la cual mantuvo durante los años siguientes, y que le hizo el árbitro interesado de las contiendas entre grupos y personajes de su época. **Palabras clave:** Álvaro Obregón, caudillo, campaña presidencial, Venustiano Carranza, México.

Los campos de la política mexicana en 1919 estaban bien definidos: en un lado la coalición encabezada por el presidente Venustiano Carranza y en el contrario una alianza en torno al general Álvaro Obregón. La renuencia del Ejecutivo a ser sucedido por quien fuera el artífice de la victoria constitucionalista desató una peligrosa carrera, en la que el coahuilense permaneció a la zaga desde un principio. Este ensayo postula que el general Obregón contaba en ese momento con las características plenas

* Profesor investigador del Área de Investigación de Procesos Políticos del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Correos electrónicos: pcm@xanum.uam.mx y leda58@avantel.net

de un caudillo, y aporta los elementos de carácter sociológico-político e histórico que lo singularizan como un indiscutible líder carismático. Este caudillaje, sin embargo, no se ajusta al modelo del jefe secundado por fieles de origen rural, con quienes mantiene una relación de clientelismo y parentesco, y que en su momento se proyecta en el plano nacional para imponer un régimen de dominación tradicional. Es más exacto afirmar que, apoyado en un ejército rebelde y eficiente, con un timbre provinciano y más específicamente sonoreense, Obregón logró ascender al primer plano de la política nacional y esperó la oportunidad de gobernar el país. Su imagen reformista fue bien conocida desde antes de su lanzamiento a la candidatura presidencial y, frente a la inexorable descomposición del régimen, logró convencer a muchos de que era el hombre que el país necesitaba. Este trabajo se limita a las circunstancias precedentes a su ascenso a la Presidencia en 1920, y destaca acontecimientos, conceptos e interpretaciones respecto a la acción y el pensamiento del general Álvaro Obregón en su camino hacia el poder.

Obregón, caudillo salvador

La actuación del general Álvaro Obregón en el primer plano de la política nacional lo vincula al concepto de caudillo y a su cualidad carismática. Para Max Weber, carisma es “la insólita cualidad de una persona que muestra un poder sobrenatural, sobrehumano o al menos desacostumbrado, de modo que aparece como un ser providencial, ejemplar o fuera de lo común, por cuya razón agrupa a su alrededor discípulos o partidarios” (Freund, 1986: 207). La atracción de los prosélitos es crucial, “y esencialmente el carisma del gran personaje no se define tanto por lo que dijera o hiciera, sino por la adhesión superracional de sus respectivos seguidores” (Nisbet, 1977: 104; Aron, 1980: 292-293). La dominación carismática, o del que tiene carisma —ya sea héroe militar, revolucionario, demagogo o dictador—, significa la sumisión de los hombres a su jefe. El sustento del carisma es emocional, puesto que se fundamenta en la confianza, en la fe, y en la ausencia de control y crítica. El carismático, por su parte, cree o dice creer, y hace creer que está llamado a realizar una misión de orden superior y su presencia es indispensable. Fuera de él, está el caos. Aquí los conceptos de jefe y de institucionalidad, en su visión más estricta, no solamente son distintos, sino contrarios.

La dominación carismática va contra las instituciones establecidas e inhibe la instauración de otras. También se opone a la dominación legal y a la tradicional, porque éstas significan límites debido a la necesidad de respetar la ley o la costumbre, y tener en cuenta los órganos instituidos del control social. Weber advierte que la dominación carismática es un tipo ideal, puesto que no se encuentra en estado puro en la realidad, ya que no está desprovista del todo de legalidad, y la tradición comporta ciertos aspectos carismáticos o incluso burocráticos. En mayor o menor medida, toda revolución tiene un fuerte sesgo carismático, algo comprobado desde Cromwell hasta las revoluciones del siglo XX, y México no fue la excepción. En razón de que el carisma crea situaciones excepcionales, se enfrenta a problemas difíciles de solucionar, como la sucesión. Con el paso del tiempo se vuelve a un régimen tradicional o legal. Al desaparecer el jefe, se genera una crisis de la que no se puede salir porque el carisma no se hereda ni deja efectos más allá de la vida del líder. Una posibilidad, nada segura, es que designe un sucesor en vida, con la anuencia o con la negativa de sus partidarios. En este caso, tal solución es temporal, porque por regla se origina una lucha más o menos abierta, pacífica o violenta, entre el grupo del carismático y el del sucesor y, por lo regular, el sector del “carismático”, en ausencia del jefe, tiende a ser dominado por su contrario.

De acuerdo con Silvert, en Iberoamérica el término caudillismo alude generalmente a cualquier régimen personalista y cuasimilitar, cuyos mecanismos partidistas, procedimientos administrativos y funciones legislativas están sometidos al control inmediato y directo de un líder carismático y a su cohorte de funcionarios mediadores (Silvert, 1976: 223). El caudillismo debe su aparición al colapso de una autoridad central, capaz de permitir a fuerzas ajenas o rebeldes al Estado apoderarse de todo el aparato político. El caudillismo, en consecuencia, es producto de la desarticulación de la sociedad, efecto de un grave quebranto institucional. Según Silvert y Lynch, destacados estudiosos del caudillismo, la metodología histórica que ha forjado el término maneja la idea medular de que el caudillo es la pervivencia de un fenómeno antiguo, propio del siglo XIX. Aunque, por lo común, encontraba la base de su poder en las zonas rurales, su consolidación exigía que extendiese su dominio a la capital de la nación.

En términos más amplios, con el derrumbe del Porfiriato, México se ajustó a este patrón y fue en más de un sentido una réplica de lo ocurrido cuando, por efecto de las luchas intestinas posteriores a la Independencia, se dio al traste a lo que quedaba de la estructura institucional heredada

de la Colonia. Ya en el siglo xx fueron bandas armadas, encabezadas por jefes nuevos o tradicionales y sin ninguna experiencia militar, las que ocuparon provisional o definitivamente los vacíos políticos existentes. Los ejércitos revolucionarios con dificultad obedecían a un liderazgo principal, llámese de Madero o de Carranza, o de cualquier otro, y más bien tendían a actuar con la mayor autonomía posible, situación que perduró hasta bien entrados los años veinte. En sus filas predominaba el elemento rural, en el que prácticamente figuraban todas sus variantes, desde pequeños propietarios, medieros, peones, aparceros, pastores o jinetes, unidos por la necesidad de sobrevivir y por sus fantasías de cambios que les fueran favorables. Dependiendo de la región, de los medios de vida, de la cohesión social de sus comunidades, de si defendían su escaso patrimonio o buscaban procurarse uno nuevo, se convirtieron en seguidores de tal o cual jefe, que normalmente era un caudillo o un cacique, con quien compartían vínculos de parentesco, amistad, compadrazgo o subordinación laboral. La vorágine de la revuelta y la descomposición política hicieron que individuos arrojados e insatisfechos por el orden de cosas y por su condición social, se sintieran atraídos por la ocasión que las circunstancias le presentaban. En tales condiciones actuaron liderazgos difícilmente asimilables a un patrón único. Rancheros villistas y orozquistas iban tras un desclasadado y un arriero acomodado; campesinos indígenas seguían a los caciques-caudillos soberanistas de Oaxaca; trabajadores y propietarios pobres a los jefes *mapaches* chiapanecos; pobladores del sur agraviados por las haciendas, a Emiliano Zapata; mercenarios a Peláez en Veracruz, y así por el estilo. Más arduo es clasificar a los jefes del movimiento constitucionalista, en especial a Venustiano Carranza —un hacendado— y a Álvaro Obregón —un pequeño propietario y comerciante agrícola—, así como a quienes constituían sus ejércitos, donde la variedad social era mucho más amplia que en los demás movimientos.

Los líderes no eran necesariamente gente con arreos ideológicos o grandes proyectos de cambio social; su temeridad guerrera, sus habilidades organizativas, sus escasos escrúpulos y su capacidad para tomar decisiones drásticas los convirtieron en los hombres del momento. Los paralelos con los caudillos de un siglo antes son inevitables (si bien se deben establecer con prudencia), y los conceptos a ellos asociados —directamente o por extrapolación—, son útiles. Uno de éstos fue que partieron del medio rural y que supieron atraerse a seguidores por las razones ya apuntadas. Álvaro Obregón, Antonio López de Santa Anna y Porfirio Díaz, a pesar

de sus limitados recursos en el origen, en tanto pertenecientes a la clase media o baja rural, poseían una mediana educación que armonizaba con un envidiable sentido práctico y una visión de largo alcance. Lograron organizar y ponerse a la cabeza de cuerpos militares triunfantes, y en su oportunidad gozaron de una apreciable legitimidad, previo a que su sino político se eclipsara. Un instinto de autodefensa social hizo que cientos o miles de seguidores los aceptaran. Y, por último, el acceso al poder los convirtió en dictadores, marcando la parte final del ciclo.

A ellos los separó el tiempo y los hermanaron las circunstancias y sus modos de actuar. Obregón pasó por diversos oficios que fueron desde profesor hasta vendedor de zapatos, mecánico tornero, pequeño agricultor, comerciante y presidente municipal de su región natal. La Revolución le ofreció la posibilidad de convertirse en militar en ascenso y en político de altos vuelos. No fue, como los caudillos de otras épocas, alguien que se sustentara en una estructura política primitiva, calcada de la lealtad personal del peón o campesino hacia el patrón. Su dominio emanaba parcialmente de una liga de caudillos menores subordinados, aunque de volátil lealtad. Obregón estableció su poder en la jerarquía revolucionaria —primero local, luego regional y después nacional— gracias a su habilidad para cosechar victorias militares y políticas. No fue, en sentido estricto, “caudillo de Sonora”: su primacía definitiva en el suelo natal provino de su poder nacional, y no a la inversa (Hall, 1993: 163). Su poder nacional aumentó por dos factores: el apoyo popular y su habilidad para hacer alianzas. El primero era resultado de sus logros bélicos y de su personalidad, enérgica y dada al humor al mismo tiempo, y la segunda de, su capacidad para ofrecer un “proyecto compartido” a sus interlocutores y a pagos políticos. Su leyenda radicaba en su destacada trayectoria militar, que incluía la victoria sobre el ejército villista, y por su incontestable fama de valiente y progresista.

Sonora, el estado natal de Obregón, gozó de las ventajas derivadas de su distancia respecto del punto de gravedad de la política nacional y de los estertores del antiguo régimen, tanto como de su vecindad con los Estados Unidos. Si las instituciones centrales se deterioraron, no fue el caso de las de Sonora, que logró preservar las suyas y convertirse, a la vuelta del golpe contra Madero, en un estado revolucionario, con todas las características propias de una soberanía paralela: un gobierno, un ejército, un reconocimiento de su población y su repudio al régimen central. Quienes pronto se encontraron a la cabeza de la institución castrense local contaron con

la aceptación y la legitimidad al frente de una clase política decidida y disciplinada, a la que pertenecían el mismo Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. Los diferentes grupos sonorenses no tardarían en confluír favorablemente en quien se convertiría en caudillo. Obregón, por su parte, estaba lejos de respaldar posiciones extremas en aras de la conciliación de los contrarios; pasaría por encima de ellos cuando llegase el momento oportuno.

La condición de caudillo es indivisible y excluyente. Su ascenso al poder significó la eliminación política de rivales, primero en Sonora, y luego en la república mexicana, siendo Pancho Villa el más famoso. En esta lista estuvo incluso el primer jefe Carranza, con quien en una época había compartido el interés y la convicción de que en el abanico de posibilidades de alianza era el mal menor. Obregón, consciente como estaba de su poder y de un brillante futuro que le pertenecía, se negó a ser apéndice del coahuilense y renunció a su puesto de secretario de Guerra, que había detentado durante la Primera Jefatura, cuando Carranza se convirtió en presidente constitucional. La razón fue su nula afinidad con él y todavía más con su primer círculo, entre los que se encontraban los generales Cándido Aguilar, Francisco Murguía y Juan Barragán, y algunos civiles como Luis Cabrera. Al momento de esta retirada, la fuerza de Obregón estaba ya plenamente consolidada, y se cuidó bien de no revelar sus verdaderas intenciones, a fin de no embarcarse prematuramente en una lucha que a la postre le resultara perjudicial. Así, cambió su indumentaria militar por la de agricultor pacífico, dedicado por un tiempo a sus negocios privados, esperando con provecho la mejor oportunidad para actuar en su búsqueda del puesto presidencial. Una promesa imposible —el patrocinio de Carranza para que le sucediera en la Presidencia— y el encumbramiento de la que, para él, era una cofradía cortesana, fueron factores definitivos para la acción desde Sonora, a partir de su finca Náinari, desde donde movería los hilos que le conducirían a su destino.

El general Álvaro Obregón, aun antes de llegar a la Presidencia, se ubicaba en la cúspide de una estructura piramidal constituida por caudillos, caciques, líderes locales (con sus respectivas clientelas), amigos de la tierra, parientes y compadres. Como se apreciaba a partir de 1920, el caudillo en el poder no llegó a destruir o remover la elite existente, sino a convivir con ella, ejerciendo un liderazgo político y militar abocado a la pacificación, a la estabilidad y a la reconstrucción del país. La convivencia armónica de los distintos elementos de la estructura social era una premisa

indispensable de su proyecto de gobierno. A su vez, la tradicional elite mexicana —excluyendo a la Iglesia católica, que había quedado debilitada y pasmada por el episodio armado— vio en Obregón el mal menor de la turbulencia revolucionaria, y no tardó en aceptarlo. No tenía muchas alternativas: carecía de cuadros políticos dignos de tal nombre, sus personajes rezagados o exiliados y sus instituciones allegadas se encontraron en un estado de inmovilidad o de plano en la ruina. Por ende, no tenía posibilidad alguna de levantar cabeza frente a las fuerzas revolucionarias que irrumpieron violentamente en el plácido sistema porfiriano. Su única posibilidad fue salir lo menos perjudicada del trance en que se encontraba e incluso ser parte del orden de cosas vigente. Las pruebas de la buena voluntad estatal quedaron de manifiesto cuando sus intereses se preservaron frente a las reformas que exigía el nuevo *statu quo*, y los mejores ejemplos fueron las medidas agrarias. En lugar de atender a los radicalismos, el sonorenses siguió el camino de la construcción de acuerdos sociales.

Su llegada al poder en 1920 confirmó su condición de caudillo que había recorrido un largo trecho, con paciencia y habilidad. Así, en un proceso que se prolongaría durante los años veinte, se inició la transición de un estado natural a la sociedad civil (Lynch, 1993: 505). Obregón no fue un dictador oligárquico, a la manera de instrumento de la clase dominante, sino un personaje fuerte, de rasgos bonapartistas. Y fue el antecesor inmediato de un autoritarismo de corte moderno, encarnado en el general Plutarco Elías Calles, cuyo gobierno correspondería a una estructura burocrática, más que caudillista, y que tuvo su culminación en el diseño del que sería el Partido Nacional Revolucionario (PNR). Calles fue una suerte de “dictador burocrático”, significado por sus políticas autoritarias y centralizadoras, la intolerancia ante la disidencia y la “modernización” del ejército. Calles heredó la alianza del caudillo con la élite: terratenientes, comerciantes, banqueros, empresarios extranjeros, funcionarios. Más aún, tanto Obregón como él y otros de sus allegados devendrían —cubriendo las apariencias al máximo— miembros de la élite, respaldados por el poder político que les permitió amasar considerables fortunas.

La ideología del caudillo

El pensamiento político de Obregón en su fase de caudillo en ascenso se puede analizar a partir de tres fuentes: manifiestos, discursos de campaña

y escritos vinculados a sus iniciativas políticas. En ellas se advierte una visión de la historia mexicana sustentada en ideas muy generales, datos insuficientes e interpretaciones sesgadas; sobresale la lucha entre opresores y oprimidos, entre buenos y malos, y Obregón se sitúa a la cabeza del bando de los justos. Su discurso normalmente se vincula a la acción práctica más o menos inmediata, de tal manera que no se percibe la alusión a asuntos que se salgan de este ámbito. No pretende alcanzar altura de orador o de ideólogo, sino proporcionar un vehículo de comunicación tan llano como efectivo. Los problemas fueron diagnosticados en forma simplista y con una necesidad de atención urgente, de ahí que las soluciones fueran igualmente simplistas. Por lo demás, el caudillo poseía una cultura limitada, lo que en ocasiones le llevaba a trivializar sus argumentos.

Para Obregón la “familia mexicana” estaba históricamente dividida en dos partidos políticos, uno integrado por “los opresores” (los “conservadores”) y el otro por “los oprimidos” (“los liberales”). En un análisis de clase, ubicó en las filas de los primeros a “los grandes acaudalados”, el alto clero y “los extranjeros privilegiados” y en las de los segundos “todas las clases trabajadoras”: jornaleros, obreros, profesionales, agricultores, ganaderos e industriales en pequeño. Mayoritarios, éstos “invariablemente salieron victoriosos”, a pesar de las desventajas en que “se han encontrado siempre al iniciarse la lucha”. Señaló que el Partido Conservador se vio “reforzado por caudillos... que han prostituido su prestigio, (y) cegados por una ambición o en defensa de fortunas ilícitas, han sido generalmente utilizados por el Partido Conservador, como vehículo para hacerse conducir hasta el poder.” Al preguntarse por qué siempre triunfaba el Partido Liberal en las luchas armadas, él se contestaba: “Porque está integrado por una mayoría del pueblo, y cuenta, por lo tanto, con la inmensa fuerza que da la opinión pública.” Señaló a los “componentes del Partido Conservador” como neutrales en apariencia, que encaminaban sus esfuerzos sólo a la defensa de los intereses materiales, y su labor se concretaba a:

...comprar prestigio y pagar puñales, ignorando quizá que el prestigio que se vende deja de ser prestigio, y que el puñal que se paga sirve sólo para aumentar el número de los mártires, y que éstos han significado siempre el mejor combustible para inflamar la hoguera de las iras populares (Ruvalcaba, 1923: I, 42-43)

En su opinión, la situación del Partido Liberal en 1919 era desastrosa; lo ve desintegrado:

...porque se han repetido (...) esta vez todos los fenómenos que he dejado señalados como factores determinantes de sus anteriores fracasos: las divisiones se han producido en todos sus aspectos, degenerando en muchos estados de la república, de divisiones políticas en contiendas armadas.

Otra parte del problema se ve en la traición de los “jefes liberales”, que “han desvirtuado completamente las tendencias del movimiento revolucionario, dedicando todas sus actividades a improvisar fortunas, alquilando plumas que los absuelven falsamente en nombre de la opinión pública...” Esos jefes traidores serían el vehículo de la victoria fácil del Partido Conservador, que alcanzaría en tal virtud el poder y destruiría “la obra revolucionaria en su naciente legislación” (Ruvalcaba, 1923: I, 44-45).

El tema de la “moral revolucionaria” fue constante en el discurso del general Obregón, y de manera tácita o explícita se refirió a los allegados del presidente Carranza. Para él, la falta de probidad de estas personas era una amenaza cabal contra el destino de la Revolución, que después de tantos sacrificios iba a beneficiar “a un grupo de ambiciosos que se adueñan del poder y de las riquezas de la nación”. Los acusaba de acumular intereses, de ser prevaricadores y de convertirse en los principales obstáculos para la implantación de los principios revolucionarios y de la efectividad del sufragio (Ruvalcaba, 1923: I, 46-47). Entre los problemas capitales de México, al lado de los de carácter político, puso a los de “índole moral”: “doy preferencia al problema moral, por tener la convicción de que sin una base de moralidad no podría resolverse ninguno”. La solución estaba en manos de Carranza, quien debía depurar a los miembros del ejército “que han abandonado el camino del honor”, así como a los funcionarios que se enriquecieron en el mar revuelto de la lucha armada (Ruvalcaba, 1923: I, 52). En el paroxismo de su discurso ubicaba por encima “lo espiritual” sobre “lo material”. De esta oposición surgía la dialéctica histórica de nuestro país, la que explica el desarrollo político a partir de un choque intermitente entre las fuerzas materiales (el mal) y las fuerzas morales o espirituales (el bien). Sin darse cabalmente cuenta de que los argumentos que esgrimía serían proféticos y en parte referidos a su persona, en Guadalajara señaló que los movimientos armados desde el siglo XIX siguieron una “trayectoria monótona”, consistente en que “a cada movimiento revolucionario le ha sucedido una dictadura y a cada dictadura le ha sucedido una nueva revolución producida por el choque de los intereses morales con los intereses materiales...” (Ruvalcaba, 1923: I, 392). En Irapuato distinguió a “dos

tipos de revolucionarios”: los hombres de objetivo y los de principios. Los primeros fueron quienes al lanzarse la revolución, y ante la posibilidad de que pudieran escalar posiciones elevadas en el movimiento, “fijaron toda su aspiración en llegar al poder”. Los segundos

...hombres de ideales, hombres de principios, fijamos la mirada en el futuro, en el horizonte de nuestra patria, sin pensar en dónde caeríamos, sin preocuparnos qué puesto llegaríamos a ocupar. Así la contienda, al terminar, tuvo que dividir a sus hombres, los de objetivo lo habían llenado, tenían ya una posición elevada... y los otros, los idealistas, continuábamos pensando en nuestro ideal... Si hacemos que se respete definitivamente la voluntad popular y que por ella vaya al Poder un hombre de su elección... habremos salvado a la República de que caiga en manos del grupo de hombres de objetivo... (Ruvalcaba, 1923: II, 182-183).

Para el general Obregón el problema político consistía en la efectividad del sufragio, y al solucionarse se resolverían otros “de capital importancia”. Al instaurarse la democracia los mandatarios y legisladores serán elegidos mediante el voto libre y popular y por ello deberán su posición al favor del pueblo y “procurarán vivir conciliados con la opinión pública, sosteniendo y defendiendo sin descanso todos y cada uno de los problemas que favorezcan a sus comitentes, llámese problema agrario, ley del trabajo o cualquiera otra.” De manera contraria, mientras que ellos deban su puesto a las autoridades superiores, procurarán cultivar su amistad a cualquier precio, ignorando todo lo demás, principalmente al pueblo.

El problema agrario fue señalado por Obregón como uno de los más importantes y apremiantes. Sin decir a quién se refería, “el gobierno emanado de la revolución ha sido boicoteado políticamente por los grandes intereses de adentro y los grandes intereses de afuera... sin contar con más apoyo que la fuerza de la voluntad popular”. Con un término ambiguo se refirió “al primero y más grande de nuestros problemas, el de la reconstrucción física del indio”. Con ese estilo muy suyo de jerarquizar y referirse a los problemas en términos de causa y efecto, afirmaba que mientras “no hayamos conseguido esto, no habremos cumplido nuestro deber”.

Tenía una idea muy clara de la llamada reforma agraria. El campesino sin tierras debía ser atendido en sus solicitudes, pero de manera gradual, previo análisis acerca de su pertinencia y del tiempo conveniente para la entrega de terrenos, en caso de proceder. Al construirse la pequeña propiedad, en un proceso paulatino, se dismantelaría la gran propiedad. De los latifundios se tomarían las tierras solamente si se les entregaba a quienes

estaban en la mejor capacidad de conservarlas y hacerlas producir. A los grandes propietarios rurales modernos, es decir a los productivos y tecnificados, “les vamos a dar una tregua, para que se vean estimulados y evolucione rápidamente nuestra agricultura.” Si lo hacemos de otro modo, “seremos inconsecuentes con la civilización.” Se pronunciaba por no destruir las propiedades grandes antes de que se crearan las pequeñas, porque vendría una distorsión productiva que causaría hambre en el país. Expresó que desde que entendió “la santidad de la Revolución del Sur” le dio su apoyo “y me puse a su servicio” (Díaz Soto y Gama, 2002: 39).

En una carta enviada a Roque Estrada, Obregón sintetizó su idea sobre la situación agraria y el futuro que le aguardaba al final de la Revolución. Se quejaba, en primer término, de que el problema agrario era explotado como arma política por la mayor parte de los revolucionarios, porque lo consideraban resuelto cuando hacían de su propiedad las mejores haciendas en las zonas donde operaban. Acotó que el asunto exigía una resolución inmediata, y que se encontraba revestido de aspectos complejos, según sus variantes (el estado de la república y aun las zonas dentro de los mismos estados). Precisó que condenaba la violencia en los casos en que los jefes militares “con mayor o menor buena intención”, pero sin ajustarse a ninguna ley o estudio, procedieron al fraccionamiento de los latifundios, configurándose “una situación falsa para los mismos agraciados y desastrosa para el propietario, a quien no se le ha sujetado previamente a un procedimiento legal”. Remató su tesis con la afirmación de que no debía destruirse de golpe la gran propiedad, sino de forma gradual en la medida en que se creaba la pequeña propiedad:

...porque estoy seguro de que en muchos estados de la república, si se hiciera un fraccionamiento total, desde luego muchas de esas propiedades quedarían abandonadas, ya por la falta de conocimientos en agricultura de sus propietarios o por la negligencia de otros; y esto traería naturalmente fatales consecuencias, porque se suspendería una gran parte de nuestra producción agrícola (Ruvalcaba, 1923, II: 126-127).

El tema de las relaciones entre el capital y el trabajo y la actuación del Estado como mediador en sus conflictos fue tocado en varias ocasiones durante esta primera campaña. El fin del proceso revolucionario trajo consigo el ascenso de las organizaciones y demandas obreras, estimuladas en buena medida por las nuevas circunstancias. Las organizaciones se dividían, a grandes rasgos, entre quienes seguían el modelo anarcosindica-

lista, como era el caso de los sindicatos de los ferrocarrileros y tranviarios, y el que desde un primer momento se inclinó a cooperar e integrarse al Estado, como los agrupados en torno a la Confederación Regional Obrera de México (CROM). Obregón se pronunció por un esquema estatal favorable a la conciliación entre trabajadores y patrones, en una suerte de justo medio: “Yo soy de opinión, y a ello encaminaré mis energías, que el mejor gobernante será aquel que encuentre el fiel que establezca el equilibrio entre estos dos factores, para que sobre un plan de equidad encuentren las ventajas recíprocas que ambos deben obtener.” Entendía al socialismo en esta línea que, lejos de ser parcial y excluyente, tenía un propósito “nivelador”, es decir, era un elemento de equilibrio entre el capital y el trabajo, “para buscar una distribución más equitativa de los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad.” Habló del llamado seguro obrero –promesa incumplida a lo largo de sus años en el poder–. Lamentó que la falta de armonía entre el capital y el trabajo no se hubiera resuelto todavía, y no era la culpa del capital, sino de los políticos, “que durante tantos años han venido promulgando leyes tan ambiguas que lo mismo pueden arrastrar a las clases populares a la hora del peligro, que favorecer al capital después de la victoria”. La ruta de la Revolución, decía, fue la protección para los trabajadores sin atentar contra el capital, “porque sería entorpecer el desarrollo de nuestras riquezas naturales si no damos al capital las garantías que necesita; no señores, nuestras rutas son muy otras; que venga mucho capital, que se desarrollen todas nuestras riquezas...”¹

Obregón, Carranza y el Plan de Agua Prieta

Aunque Obregón poseía una personalidad carismática y una fuerza de fieles seguidores, no era un “caudillo tradicional”. Su carácter moderno estaría dado por la efectividad de los manejos de los instrumentos de la burocracia y el ejército, las organizaciones sociales constituidas, y la red de caudillos y jefes menores, de origen regional. Obregón ejercía una suerte de soberanía paralela latente, no impugnadora de la jefatura de Carranza. Es de dudarse que el primer jefe estuviera en condiciones de haber eliminado en algún momento a su competidor, a quien en cierta medida le

debía su ascenso al poder. La ambigüedad privó en las relaciones entre los dos líderes, tanto entre ellos como ante los ojos públicos. De hecho, fue solamente hasta que Obregón le declaró su plena rebeldía —primero en la campaña presidencial y luego en el Movimiento de Agua Prieta— cuando las diferencias acumuladas por fin provocaron una crisis.

Decidido a evitar el destino del que no escaparía, Carranza emprendió su lucha contra Obregón y apoyó con todas sus fuerzas a su débil candidato Ignacio Bonillas, quien regresó a México apenas en marzo de 1920, cuando Obregón y González dominaban el panorama electoral del país. Los bonillistas, con la bendición oficial, habían organizado el Partido Nacional Democrático, que lanzó a su candidato en ausencia el 23 de noviembre de 1919, ofreciéndolo al electorado como el candidato que impediría el choque militar entre los dos rivales por la Presidencia, Obregón y González. Éste, aunque en principio se disciplinaba a Carranza, se negó a respaldar a Bonillas y apoyado por el Partido Progresista lanzó su candidatura propia (Quiroz, 1984: 3).²

Tal iniciativa disgustó sobremanera a Carranza quien, con el argumento de que su triunfo significaría la guerra civil, le pidió que la retirara. Esgri miendo su tesis de la lucha entre las dos corrientes militaristas, Carranza le manifestó que un eventual triunfo suyo resultaría en que “Obregón y su gente se levantarían en armas y viceversa, pudiendo ocasionarse con esto graves trastornos” (Partido de Reconstrucción Nacional, 1923: 276).

El general González, mantuvo su negativa a apoyar la candidatura oficial y se entrevistó con Bonillas. Advirtiéndole acerca de los “resultados funestos a que nos conduciría la imposición”, le propuso que ambos renunciaran a sus respectivas candidaturas. Bonillas habría estado de acuerdo con esta propuesta, que se daría a conocer a través de un manifiesto conjunto que explicara las razones y el rumbo a seguir en el futuro; pero Carranza se mantuvo en su posición de apoyarlo, y así se lo hizo saber a Pablo González. Aquí tuvo lugar el rompimiento entre los dos personajes (Partido de Reconstrucción Nacional, 1923: 279). Con toda la intención de fulminar a Bonillas, se dio el “encuentro accidental” entre González y Obregón el 11 de abril en el restaurante del Lago de Chapultepec. Según el primero, Obregón aludió al peligro “mediato” en que se encontraban, al imponerse la Presidencia del candidato oficial, y al “inmediato” de ser aprehendidos

² *El Demócrata*, 17 de noviembre de 1919.

para no estorbar los planes del gobierno. Le propuso oponerse a Carranza por la fuerza, lo cual fue rechazado por su interlocutor. El abrazo del gonzalismo y el obregonismo, una de las mayores mentiras políticas, tuvo el efecto de reforzar las posiciones del caudillo en detrimento de Carranza, quien a los ojos de todos estaba cada vez más aislado y debilitado (Partido de Reconstrucción Nacional, 1923: 282-283).

Álvaro Obregón se presentaba con la imagen del más limpio y democrático: criticaba la corrupción carrancista, era el “defensor del voto popular” y el enemigo del autoritarismo, y hasta adalid del civilismo, cuya mejor prueba era la renuncia a su grado militar (Hall, 1985: 202-203). Ante la popularidad arrasadora de éste y la candidatura de González, en quien el gobierno ya no podía confiar, el presidente decidió apretar el paso. A principios de enero de 1920, Carranza dio a conocer una proclama en la que pedía a los presidenciables opositores que renunciaran. Los partidarios de Obregón, por su parte, protestaron ante lo que juzgaron una intromisión indebida de Carranza en las elecciones.³

El presidente, con la intención de reforzar la base de apoyo a su candidato, convocó a un grupo de gobernadores encabezados por el de Guanajuato, general Federico Montes, a una reunión en la Ciudad de México para discutir la forma de lograr una transmisión pacífica del poder. Del 6 al 9 de febrero de 1920, diecisiete invitados manifestaron su apoyo inequívoco al candidato oficial. Entre los grandes ausentes estuvieron Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada (gobernador de Zacatecas), Carlos Greene (Tabasco) y Pascual Ortiz Rubio (Michoacán), para quienes su obregonismo estaba plenamente definido (Matute, 1980: 85).⁴ De la Huerta, “quien no obtuvo permiso de la legislatura para dejar Sonora” expresó que tal postura significaba la aprobación del candidato oficial por parte de los gobernadores (Quiroz, 1984: 4).⁵ Al final de la reunión, los gobernadores asistentes dieron a conocer un manifiesto en el que negaron las intenciones del gobierno de “conculcar la libertad de sufragio” y declararon que las expresiones en este sentido eran “como un preliminar para hacer pública la intención de no acatar el voto del pueblo en el caso de que aquél les sea desfavorable”. Es de destacar, sobre todo, el compromiso de apoyar al presidente de la República desde el día de la elección hasta el de la transmisión

³ *El Monitor Republicano*, 19 de enero de 1920; *El Demócrata*, 18 de enero de 1920.

⁴ *Excelsior*, 6 de febrero de 1920.

⁵ *El Universal*, 11 de febrero de 1920.

del poder.⁶ Sin tardanza, Adolfo de la Huerta señaló que el manifiesto buscaba persuadir a los estados a apoyar a Bonillas e intimidar a los votantes.⁷

Los obstáculos que enfrentó la candidatura presidencial de Obregón corrieron en paralelo al deterioro de las relaciones entre el presidente Carranza y el gobernador Adolfo de la Huerta. Ambos procesos estuvieron ligados y todo parece indicar que las iniciativas de Carranza, pretendiendo anular a Sonora como santuario del candidato de oposición, fue la yesca que provocó el fuego. El envío de las tropas de Diéguez, la centralización de los recursos fiscales de las aduanas situadas en el estado, el rompimiento de la paz con los yaquis y la resolución de federalizar los ríos Sonora y Horcasitas, buscaron sin éxito poner al gobierno estatal contra la pared. El resultado es bien conocido: la rebelión de Agua Prieta coincidió con la huida del candidato presidencial opositor de la Ciudad de México hacia Chilpancingo. Ante la opinión pública, la concurrencia de estas circunstancias fue más que un hecho fortuito, aunque no se conocen los detalles de alguna acción orquestada, si la hubo. El movimiento de Agua Prieta, afirmarían De la Huerta por su parte, no fue consecuencia de ningún pacto premeditado entre Calles, Obregón y él mismo. Señaló como prueba de ello que cuando se firmó el manifiesto de los tres poderes sonorenses (es decir, el paso previo a la rebelión), la situación era particularmente crítica para Obregón, quien se encontraba al pendiente del proceso Cejudo que se seguía en su contra, teniendo a la Ciudad de México por cárcel, y ante la posibilidad de ser aprehendido en cualquier momento. De la Huerta explicó a Obregón la realidad de sus problemas con Carranza y allí terminó el asunto⁸ (Hall, 1985: 224). Obregonistas connotados como Francisco Serrano, Francisco Manzo y Ramón Ross, llegaron a pensar que De la Huerta y Calles en esos días se confabularon para eliminar a Obregón.⁹

Mientras en Sonora se promulgaba el Plan de Agua Prieta, Obregón lanzó otro con diferentes postulados, una vez que logró la adhesión del general Fortunato Maycotte, entonces jefe de operaciones en Guerrero (De la Huerta, s/f: 3). Don Adolfo se refería al llamado Plan de Guerrero, redactado por Fernando Iglesias Calderón y Francisco Figueroa. En virtud de dicho plan, se desconocía a Carranza como presidente y a la Constitución de

⁶ *El Universal*, 11 de febrero de 1920.

⁷ *El Monitor Republicano*, 3 de marzo de 1920.

⁸ *Carranza, friend and foe*, manuscrito inédito, s/a, s/f.

⁹ AGN/OC. Dr. Atl (Gerardo Murillo) a Obregón, 20 de mayo de 1921, 1882a-104a.

1917 y se proclamaba la vuelta a la Carta Magna de 1857. Asimismo, se ratificaban las promesas de una ley agraria y de un régimen acorde con el obrerismo. Pero el Plan de Guerrero quedó en el olvido. Cuando el movimiento de Agua Prieta avanzó con más prisa que el del sur, que dirigía Obregón en persona, el caudillo prefirió el Plan de Agua Prieta —que no había suscrito— al suyo propio (Vasconcelos, 1948: 571-572). Ya en el manifiesto de Chilpancingo, del 30 de abril, Obregón había declarado la imposibilidad de continuar la campaña política, por lo que era “indispensable empuñar de nuevo las armas, para reconquistar, con las armas en la mano, lo que con las armas en la mano se trata de arrebatar”. Poco más adelante, daba por suspendida la lucha política y se ponía “a las órdenes del Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Sonora, para apoyar su decisión y cooperar con él, hasta que sean depuestos los Altos Poderes...” (Contreras y Tamayo, 1983: 377-378).

Existen elementos que nos permiten afirmar que el candidato tejió a lo largo de su campaña el entramado de una amplia conspiración capaz de alcanzar sus propósitos frente a la posibilidad real de que las elecciones le fueran desfavorables. Hacía y consolidaba alianzas en forma directa o a través de sus más allegados, y hablaba con jefes militares con mando de tropas. A todos sus interlocutores les hacía ver la necesidad de evitar una “imposición planeada” y de estar presentes ante cualquier eventualidad (Quiroz, 1984: 4). De manera más discreta, mantuvo tratos con los rebeldes anticarrancistas, que sostienen que Obregón planeaba su propio movimiento armado, con conocimiento de Calles y De la Huerta, pero que las presiones fallidas del presidente Carranza precipitaron los acontecimientos y dieron como resultado el Movimiento de Agua Prieta.

La rebelión fue incontenible. El 5 de mayo Carranza lanzó un nuevo Manifiesto a la Nación. En éste, que fue su testamento político, hizo una lúcida exposición de los últimos sucesos políticos. Dijo que aceptaba la postulación a la Presidencia porque ayudaría a la consolidación de la obra revolucionaria y porque en aquellos momentos el Partido Constitucionalista amenazaba dividirse en dos bandos militares. Carranza estimaba que hasta fines de 1919 la campaña política se desarrollaba sólo entre dos candidatos (Obregón y Pablo González), que hacían descansar su triunfo en el apoyo que a su tiempo pudieran prestarles las fuerzas militares simpatizantes con uno u otro. Por tanto, “la idea de un candidato civil surgió como una posible transacción entre las dos ambiciones militaristas, hasta

convertirse en una tendencia política bien definida”. Justificaba la idea de un candidato civil como una prevención contra la “amenaza de la guerra civil y el caudillaje”. Protestó sus “garantías de neutralidad” durante el proceso, a pesar de la campaña de desprestigio contra Bonillas, promovida por los obregonistas y los gonzalistas. Analizaba la cuestión electoral, cuyo objetivo había sido llevar a cabo la transmisión pacífica y “democrática” del poder, pero acotaba que los procedimientos utilizados por Obregón y González envolverían a la nación en un conflicto armado, ya que sus campañas no habían sido de carácter electoral sino de “una provocación a la revuelta”.

Carranza denunció las maquinaciones de Obregón para hacerse del poder por la fuerza, la forja de sus alianzas con quienes se oponían al gobierno y la orquestación de un amplio movimiento militar encabezado por él mismo. Para Carranza, la sublevación de Sonora era un movimiento “precipitado, prematuro e injustificado” con el pretexto “de una imposición dos meses antes de las elecciones”. Para el presidente, la fuga del sonorenses de la Ciudad de México fue “una señal convenida” para que “los levantamientos militares comenzaran a efectuarse”, como las del coronel Pascual Ortiz Rubio, el general Enrique Estrada y el general Greene, un indicio más de que existía un acuerdo previo, “bien determinado para levantarse en armas, cuando el general Obregón lo hiciera”. Después de exponer estos puntos destacó la imposibilidad de que pudieran celebrarse las elecciones presidenciales y dijo que no entregaría el poder ni a Obregón ni a González, sino que continuaría al frente del Ejecutivo hasta que la rebelión de los generales fuera dominada y se designara legalmente a su sucesor (Contreras y Tamayo, 1983: 379-394). No obstante, Carranza estaba solo y abandonó la capital el 7 de mayo; su destino era Veracruz, pero fue asesinado en una choza en la sierra de Puebla.

El 9 de mayo, Obregón entró jubiloso a la capital y de inmediato convocó a una junta de generales para discutir el asunto de la sucesión legal del presidente de México. A mediados del mes siguiente, el gobernador sonorenses asumía la Presidencia provisional de la República hasta el último día de noviembre de ese año, con la encomienda de preparar los comicios para el mes de julio. Como era de esperarse, Obregón ganó las elecciones presidenciales, dejando muy atrás a su más cercano contrincante, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, sostenido entre otros por lo que quedaba del Partido Católico.

Palabras finales

Álvaro Obregón fue, en efecto, el último caudillo de México, producto de una revolución demoledora de las instituciones porfirianas y de un inmenso vacío de poder. El restablecimiento de la paz y la buena marcha de la república llegaría casi una década después. La característica distintiva de esta etapa fue la actuación de un personaje principal situado en una línea reformista, bien dispuesto a dirigir los procesos que le daban contenido. Obregón fue un revolucionario de última hora, carente de las cualidades heroicas advertidas en otros, llámese Villa o Zapata, y su decisión de incorporarse a la lucha obedeció a una mezcla de casualidad y conveniencia. Una suerte de maldición le persiguió hasta el final de su vida, la vergüenza de no haber sido maderista. En sus manifestaciones verbales, en sus discursos, se percibe a cada salto un afán por parecer el más revolucionario, como buscando compensar una falta y convencer a los demás de que, después de todo, dedicó su vida a la causa del pueblo. Y, en esta dirección, para echar una cortina de humo sobre sus millonarios negocios —no queremos decir necesariamente ilícitos— y sus maniobras un tanto maquiavélicas para hacerse del poder, pintó a los del otro lado con los colores más desagradables y se montó en el potro de la moralidad. Su ascenso al poder debe acreditarse a las agitadas circunstancias propias de la segunda década del siglo XX en México y a su vocación incontenible por mandar. Junto a su talento natural, a su carisma, a su disciplina personal y política, debe citarse su visión para encausar a las fuerzas ascendentes en su proyecto de reformas que no destruyeran de tajo la herencia restante del antiguo régimen. Obregón no fue un jefe militar y político decimonónico llamado a imponer una dominación de rasgos arcaicos, sino un caudillo de cualidades singulares convencido de que los cambios eran necesarios y dirigidos hacia la búsqueda de un nuevo equilibrio social. Aunque no se distinguía por su inclinación hacia la democracia representativa, la esgrimió con decisión cuando así convino a sus intereses, en la etapa previa a su ascenso a la Presidencia de la República. Esta postura se modificaría sensiblemente durante el transcurso de su mandato, hasta desaparecer casi por completo en 1924, ya impuesto su sucesor, sometidos los partidos políticos y los poderes legislativo y judicial, y vapuleada la prensa que se le oponía. La carrera de Obregón hacia la Presidencia había sido impulsada por su fuerza política acumulada y su prestigio como caudillo triunfante de la revolución. La promesa de un verdadero gobierno, en manos del caudillo

Álvaro Obregón, era atractiva para el imaginario colectivo, porque el único poder real era el suyo, con todas sus alianzas y su legitimidad. Obregón realizaría a plenitud el papel que su destino personal le deparaba, que era el de ser caudillo —el último— de México.

Bibliografía

- Alessio Robles, Miguel
 1927 “Cómo se conocieron Carranza y Obregón”, en *El Universal*, 26 de marzo.
 1949 *A Medio Camino*, Editorial Stylo, México.
 1985 *Historia política de la Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México [Edición facsimilar de la 3a. edición de Ediciones Botas, 1946].
- Aron, Raymond
 1980 *Las etapas del pensamiento sociológico, vol. II*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires.
- Bassols Batalla, Narciso
 1967 *El pensamiento político de Álvaro Obregón*, Ediciones El Caballito, México.
- Contreras, Mario y Jesús Tamayo
 1983 *México en el siglo XX, 1913-1920: textos y documentos*, II, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Córdova, Arnaldo
 1981 *La ideología de la Revolución Mexicana: la ideología del nuevo régimen*, Ediciones Era, México.
- Díaz Soto y Gama, Antonio
 2002 *Historia del agrarismo en México*, Ediciones Era, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Freund, Julien
 1986 *Sociología de Max Weber*, Ediciones Península, Barcelona.
- Guzmán Esparza, Roberto
 1958 *Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado*, Ediciones Guzmán, México.
- Hall, Linda
 1985 *Álvaro Obregón: poder y revolución en México 1911-1920*, Fondo de Cultura Económica, México.

- 1993 "Álvaro Obregón y el movimiento agrario: 1912-1920", en D. A. Brading, *Caciques y campesinos en la revolución mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hansis, Randall George
 1971 *Álvaro Obregón, the Mexican Revolution and the Politics of Consolidation, 1920-1924*, tesis doctoral, University of New Mexico.
- Huerta, Adolfo de la
 s/f *Resumen biográfico*, inédito.
- Lynch, John
 1993 *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850*, Editorial MAPFRE, Madrid.
- Matute, Álvaro
 1980 "La carrera del caudillo", en *Historia de la Revolución Mexicana 1917-1924*, t. 8, El Colegio de México, México.
- Maytorena, José María
 1947 "J. M. Maytorena y los demás revolucionarios de Sonora", *El Universal Gráfico*, 30 de junio.
- Nisbet, Robert
 1977 *La formación del pensamiento sociológico 2*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Quiroz, Sonia
 1984 "La Rebelión de Agua Prieta 1919-1920", en *Nuestro México 10*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Partido de Reconstrucción Nacional
 1923 *Recopilación de documentos y de algunas publicaciones de importancia*, Partido de Reconstrucción Nacional: sección de prensa y publicaciones, México.
- Ruvalcaba, Luis N., recopilador
 1923 "Manifiesto del Ciudadano Álvaro Obregón", en *Campaña Política del C. Álvaro Obregón, candidato a la Presidencia de la República 1920-1924*, México, 5 t.
- Silvert, K. H.
 1976 "Caudillismo", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales (EISS)* t. 2, Madrid.
- Vasconcelos, José
 1948 *La tormenta: segunda parte de Ulises Criollo*, Ediciones Botas, México, séptima edición.

Documentos consultados

“Apéndice a las Memorias del Gral. Obregón, escritas por la sra. Margarita López Mora”, *El Universal Gráfico*, 22 y 26 de agosto y 15 de octubre de 1938.

Memo for De la Huerta (M/DLH), cuestionario sin fecha, presuntamente aplicado por el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, durante el proceso para concederle asilo político, copia en poder del autor, respuesta a la pregunta 75.

Artículo recibido el 29 de septiembre de 2003 y
aceptado el 23 de febrero de 2004